

## ALGUNOS PROBLEMAS DE HISTORIA DE LA LENGUA LATINA

Tendencies seeking regularity and rationality are important in the history of any language, specially in that of its lexicon. They are very often the determinant factor in the creation of new words which sometimes proceed from the socially accepted initiative of a single person, sometimes originate out of the «belles lettres» Literature. The will of speakers and writers has its importance. These ideas are proved with several Greek and, specially, later and Christian Latin instances. Many of these vulgarisms show a will of regularization.

1. Es natural que el desarrollo de la lingüística histórica llevara por fin a que se escribieran libros sobre la historia de determinadas lenguas. En el campo de las indoeuropeas tales «historias de la lengua» surgieron al cabo de un desarrollo bastante largo, después que fueron elaboradas gramáticas histórico-comparativas. Incluso sobre problemas especiales, y más complicados, como la *Einleitung in die Geschichte der griechischen Sprache* de P. Kretschmer (1896), hubo libros antes de que los estudiosos pudieran disponer de historias de la lengua más completas y sistemáticas.

Los capítulos de J. Wackernagel y F. Skutsch sobre las lenguas griega y latina en el tomo VIII de la primera serie de la famosa colección *Die Kultur der Gegenwart* (1905) fueron los primeros intentos de trazar una historia de conjunto del desarrollo de una lengua. A poca distancia seguían los ensayos de O. Hoffmann y de F. Stolz en los breves manuales de Göschen.

A. Meillet, con su *Esquisse d'une histoire de la langue latine* (1928), repetía varios lustros después el éxito que había tenido con su historia de la lengua griega (1913). Se demostraba que, como coronación del método histórico-comparativo, tenía sentido exponer de una manera panorámica el desarrollo de una lengua, atendiendo por una parte a la literatura, que son los documentos principales que quedan, e intentando por otra percibir la evolución de la lengua hablada, esencialmente menos documentada, pero rastreable en los documentos escritos que se

llaman «vulgares» y comprobada en aspectos tan amplios como incompletos por las pervivencias de la lengua estudiada: en el caso del latín las lenguas romances.

A Meillet siguieron otros estudiosos: Devoto, Altheim, Pisani, L. R. Palmer, A. Szantyr y E. Pulgram, cada uno con sus distintas orientaciones y curiosidades.

Tales exposiciones de historia de la lengua, hasta la más crítica de Pulgram, surgieron casi naturalmente, como fruto del desarrollo secular de la orientación histórico-comparativa, y están construidas según las ideas dominantes en aquella concepción. En el fondo se supone que en cada lengua se expresa el espíritu del pueblo; la misma literatura, en sus creaciones más elevadas, es vista también como una manifestación del mismo. En cada lengua, como formuló Herder, «está grabada la inteligencia de un pueblo y su carácter» (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, libro IX, cap. 2).

Por otra parte, la lingüística histórica heredó una ideología historiográfica según la cual la lengua sigue una línea de desarrollo predeterminada: la «lengua primitiva» es más perfecta, de modo que primero el sánscrito, y luego el indoeuropeo reconstruido, se consideraron más completas y terminadas que las lenguas históricas que vinieron luego, como el griego y el latín, y éstas, a su vez, más perfectas que las analíticas lenguas modernas. Es curioso que el mismo Schleicher, que intentó aplicar el darwinismo a la lingüística, mantuviera sin dudar la idea de la decadencia en toda lengua a lo largo de su historia, lo más contrario a la idea optimista y progresista del evolucionismo.

Junto a este componente, en el fondo inconscientemente tradicionalista, «tradicionalista» en el sentido de los filósofos conservadores que mantenían que el lenguaje es don directo de Dios, dominaba también la idea humanista de que las literaturas tienen marcado su nacimiento y desarrollo, su florecimiento y decadencia. De cada literatura es lo más estimable, naturalmente, lo producido en el florecimiento, mientras que el resto carece de interés, en cuanto no es más que preparación o repetición de las cumbres más altas. La conservación de, al menos, una parte de Tito Livio puede justificar la pérdida de todos los análisis anteriores, y Virgilio compensa suficientemente de la desaparición de toda la épica romana anterior.

Las historias de la lengua latina están en general compuestas con arreglo a estas ideas dominantes, ideas que no están formuladas expresamente, pero que son utilizadas como larga tradición científica, o más bien erudita. Podríamos formular las bases que han servido para la historiografía lingüística en los dos puntos siguientes:

1.º Atención a la lengua popular y hablada como corriente fundamental; la misma literatura de creación está basada en ella. Se cree que la lengua no es más que espontánea.

2.º Concentración en la literatura de creación de épocas que se consideran de florecimiento. La «decadencia» no obtiene una consideración proporcionada. El peso de la tradición literaria hace olvidar la importancia de las densas capas de generaciones humanas con menos fortuna en la creación literaria, pero que siguen pensando, hablando y escribiendo, e influyendo en las generaciones siguientes.

2. Para continuar trabajando en la empresa de entender cómo fue el desarrollo de la lengua latina, tenemos que completar los resultados a que ha llegado la investigación. Y para ello hay que revisar los fundamentos de la historia lingüística. Del intento de Devoto (1951) hemos de retener su consideración del lenguaje como institución casi comparable a las jurídicas. La lengua como institución encuentra Devoto que había sido descubierta por Adam Smith, por el lingüista norteamericano Whitney y por el filósofo Croce. Lo individual en la historia de la lengua es menos importante que lo social.

Habría, pues, en la historia de la lengua:

1.º, que, una vez determinado lo que en la lengua es espontáneo, conceder su importancia a lo que se desarrolla de modo racional y consciente, casi reglamentado hasta cierto punto; y

2.º, que, sin negar el peso de la literatura, y más en una lengua como el latín en cuya extensión y transmisión actuaba una escuela cuya base era la retórica, conceder toda su importancia a la literatura no bella (la que en el mundo romano se traducía del griego, o bien servía para formular el derecho y la administración y las necesidades de una tecnología que nos parece incipiente, pero tenía su importancia).

Angel Pariente, el maestro a quien hoy rendimos homenaje, ha trabajado sobre el latín con la conciencia de que «el trazar de manera precisa la línea divisoria entre el latín culto o literario y el vulgar... es una tarea sumamente difícil» (1978, p. 32), es decir, que la lengua más elevada y la más inculta y vulgar forman desde los orígenes mismos de la lengua un todo que como tal ha de ser estudiado. Y por otra parte, en las consideraciones etimológicas a que con tanta profundidad se ha dedicado Pariente, las palabras jurídicas y religiosas ocupan una parte muy considerable (recordaremos, por ejemplo, su trabajo de 1946).

La literatura latina es la primera que en la historia (quizá simplemente repitiendo casos como el de los acadios con los sumerios) se desarrolla traduciendo. Recordaré aquí el hermoso capítulo que A. García Calvo (1973, p. 39 ss.) dedicó al tema.

Y en efecto, la famosa *patrii sermonis egestas* que lamentaba Lucrecio (I 832), sentida por todos cuantos escribieron en latín, desde Cicerón hasta el más modesto autor de recetas veterinarias, se convirtió en activo motor de evolución de la lengua. El hombre piensa con palabras. «Cuando creemos pensar —diríamos, exagerando un poco—, en nuestro espíritu juegan las palabras». Y los escritores romanos, que eran bilingües, tenían que traducir palabras griegas con que pensaban o que les servían de designación para cosas. La *qualitas* que Cicerón (*Ac.* I 7, 25) inventó para traducir la *ποιότης*, a su vez palabra forjada por Platón, es un ejemplo de novedad lingüística que surge por voluntad de un hablante, mejor dicho, de un escritor. Y la vida ulterior del vocablo, hasta ahora, miles de años después, en su doble forma de *cualidad* y *calidad*, es una prueba de la trascendencia de tales creaciones.

Este ejemplo no debe llevarnos a creer que cada vez haga falta para una creación lingüística la conjunción de un genio filosófico y un genio literario. En la vida normal del idioma creaciones afortunadas y llamadas a una vida larga ocurren todos los días, y de modo tan natural y espontáneo que el hecho de que se registre la palabra en cualquier escritor, grande o modesto, no significa que él la haya inventado, sino que puede habérsela oído a alguien que nunca ha escrito ni una carta.

Hay que abandonar la idea de que sólo las grandes épocas literarias crean lengua. El prejuicio humanista de considerar en cada literatura una edad de oro sigue dominando en la historia lingüística. En realidad la lengua sigue cambiando y evolucionando también en épocas literariamente pobres. Es más, quizá la lengua evoluciona más en épocas de calma, de menos inquietud y creatividad, pero de progreso en la vida social y económica, como sucede en el latín del Alto Imperio. Y no hace falta decir que las épocas de crisis, como la que se inicia en el Imperio romano con la muerte de Marco Aurelio, se reflejan en grandes cambios sociales, religiosos e ideológicos, que inevitablemente modifican la lengua.

3. En dos terrenos podemos buscar ejemplos demostrativos de que la evolución de una lengua no está regida por una vida espontánea en el seno del espíritu popular, y de que en la vida de la lengua épocas de calidad inferior en la creación literaria son a su modo creadoras de lengua. La voluntad de hablantes y escritores es importante, al lado de la espontaneidad del lenguaje. Esta voluntad se manifiesta no sólo en la literatura elevada y en el pensamiento filosófico, sino en las necesidades de la tecnología utilitaria y en la semicultura de la fe religiosa o ideológica.

3.1. Uno de los terrenos donde desempeña gran papel la voluntad del hablante o escritor es el de la derivación de palabras. En lenguas en las que la derivación es un capítulo importante de la morfología, se puede registrar el progreso del pensamiento racional y abstracto por la creación de neologismos.

El latín, que tiene sin duda una tipología conservadora de rasgos arcaicos indoeuropeos, desarrolla con cierta lentitud el uso de los instrumentos de que disponía para formar derivados. Contrasta en ello con el griego, sobre el que puedo aducir, con referencia a dos poetas, Esquilo y Píndaro, algunas indicaciones sobre el rápido desarrollo de ciertos derivados de tipo abstracto (cf. Tovar, 1972 y 1974).

Es la necesidad que siente el pensamiento lógico de expresar antítesis la que lleva a Hesíodo ya a crear el neologismo ἀπιστία 'incredulidad', frente a πίστις; y de la misma manera, frente a πιστός crea Píndaro el nuevo sentido de 'increíble' para ἀπιστος, que antes significaba 'infiel, indigno de confianza'; en esta palabra vemos como se desarrollan ya en Píndaro derivados en -τός que corresponden a los nuestros en *-ble*: lo mismo utiliza 'enseñable', 'admirable', 'curable', 'reprochable'; y en el propio poeta, elevado cantor de los aristócratas que triunfaban en los juegos sagrados, se hallan numerosas palabras prosaicas que vienen de las luchas políticas, como στάσις 'facción, disensión, revolución', o de la medicina, como 'manía'.

He aquí algunos ejemplos más de derivados abstractos que hallamos en el venerable Esquilo, bien como invenciones suyas, bien como palabras acuñadas en su época: 'ateo', 'anarquía', αἰτία 'causa' (que también aparece en Píndaro), ἀσεβέω 'ser impío' (que procede, como el adjetivo correspondiente, de Jenófanes), βάθος 'profundidad', ἔμπειρος 'experto', πάθος 'sufrimiento', παιδεία 'educación', 'polo' (del cielo), πρόνοια 'previsión', de donde sacarían los filósofos la 'providencia', σχῆμα 'figura' (término de las matemáticas o de la medicina), 'carácter' (artesanal, extendido con el uso de la moneda), y un compuesto matemático como τρίγωνος 'triángulo'.

En latín podemos dar algunos ejemplos que nos sorprenden por su tardía aparición. La lengua no hace uso de todas sus posibilidades, y podemos comprobar, gracias a algunas consideraciones tipológicas, que las lenguas tienen un índice mayor o menor de derivación. Empleando el método propuesto ya hace tiempo por J. Greenberg (1960) y hasta ahora poco utilizado, tenemos que el índice de derivación, resultado de dividir en la breve muestra de un texto de 100 palabras el número de sufijos de derivación por el de palabras, nos muestra que las lenguas pueden ser en este aspecto muy diferentes. He aquí algunas cifras,

que proceden de Greenberg y de trabajos míos (Tovar 1977, otros inéditos aún): el inglés antiguo tenía 0,20, que se ha reducido a 0,15 en el moderno; paralelamente el 0,19 del latín baja a 0,14 en español y a 0,08 en francés. En cambio el griego moderno asciende a 0,22 del 0,15 del antiguo. Hay lenguas con índice de derivación muy bajo: en beréber cuento 0,01 y en dos lenguas caucásicas, el avar y el georgiano, 0,02, en irlandés moderno 0,03, frente a un 0,14 del antiguo, mientras que el galés, con un 0,05 en un texto medieval, tiene modernamente 0,15, como el inglés.

Es evidente que las lenguas tienen una potencialidad mayor o menor para crear neologismos por derivación. Por otra parte, el desgaste del uso puede reducir o encubrir posibilidades que hubo antes, por ejemplo, *pater/paternus* y todavía *padre/paterno*, pero *frater/fraternus* y ya no *hermano* y *fraterno*. Esto explica los cambios históricos que se registran en períodos largos con respecto a la derivación.

Los derivados latinos en *-arius* (y *-aris*) son numerosísimos y han tenido gran fortuna, imitados en celta, germánico, vasco, etc. Se encuentran desde los más antiguos testimonios del latín, pero para formaciones como *dulciarius* hemos de esperar a Marcial y Apuleyo, *machinariarius*, a Apuleyo, los grandes juristas y alguna inscripción, *bibliothecarius*, a una carta del emperador Marco Aurelio. En los tiempos de Plauto y de Cicerón se decía *argentarius*, pero cuando la degradación secular de la moneda ponía en manos del 'banquero' pobre calderilla, aparece (Marcial, Suetonio, Apuleyo, los juristas) *nummularius*:

Vemos un continuo desarrollo de potencialidades de la lengua, incluso en manos de escritores que no son considerados como los más grandes de la literatura latina. He aquí unos pocos ejemplos de neologismos de autores africanos que llenan el siglo II: Frontón (cf. R. Marache, 1952), Apuleyo y Aulo Gelio (L. Callebat, 1968), que prueban que no sólo los siglos de oro tienen importancia en la creación lingüística.

Hasta esta época no aparecen *orientalis* (Apuleyo y Gelio) y *occidentalis* (Gelio). La palabra *reformatio*, que el moralista Séneca aplica a las costumbres, es de sentido general en Apuleyo. El mismo autor usa el neologismo *cantatrix*, aún vivo en las lenguas modernas, cierto que con el sentido especial de 'hechicera, bruja'. Un adjetivo tan usado aún como *infantilis* se halla por primera vez en Apuleyo y en Ulpiano, y en Frontón aparece por primera vez una palabra tan necesaria como *modificare*.

Las largas listas de Rönsch (1875, cf. también Christine Mohrmann, 1958-1961) recogen neologismos cristianos tan renovadores que, excluidos de los diccionarios de buen latín con prejuicio humanístico, muchos

aún no están en el nuevo *Oxford Latin Dictionary* en publicación. Y son palabras tan vivas que se pueden dar en lengua moderna: *improperio*, *refrigerio*, *concupiscencia*, *natividad* (ésta y la siguiente ya en los grandes juristas), *adquisición*, *adorador*, *ociosidad*, *prostitución*, *defensa*, *regeneración*... ¿Se podrían citar creaciones más afortunadas?

3.2. De los «vulgarismos», es decir, lo que se puede considerar decadencia de la lengua clásica, vamos a limitarnos a algunos que lo que prueban es una voluntad de regularización, de racionalización. Las fuerzas sociales que influyen en la lengua pueden presionar desde abajo o desde arriba (Labov, 1966, p. 84 s.), y puede ocurrir que una clase social como la que Labov llama «clase media baja» en sus estudios sobre el habla de Nueva York, influya en la lengua desde arriba, por un afán de ultracorrección. En medio de la inseguridad lingüística que caracteriza especialmente a esta clase, la aplicación de normas analógicas puede ser un remedio, y así aparecen formas regulares en vez de anomalías.

Un caso tenemos con el verbo *posse*, cuyo pretérito *potui* parece presuponer un infinitivo \**potēre* que es el que pervive en románico. Pero el difícil modelo de una conjugación basada en la composición de *poti(s)* + *sum* está amenazado por todas partes: el infinitivo *potesse* se halla en Plauto y Terencio y dura a través de Lucrecio hasta un verso de Cicerón, *potisit* se halla en el Senadoconsulto de las Bacanales (*CIL* I<sup>2</sup> 581<sub>27</sub>), *potessem* en Ennio, *Ann.* 222.

La incoherencia de que *nurus* sea un tema femenino en -o se corrige ya pronto, *nuruæ* en una inscripción republicana (*CIL* I<sup>2</sup> 2192), lo que luego se «normalizará» en un dat. *nure* (Rubio-Bejarano, 1955, número 430) que es ya casi el románico *nuera*.

El participio clásico *fructus* del verbo *fruniscor*, con el arcaico infijo nasal, es sustituido por *frunitus* ya en Novio, y luego en Petronio, mientras que un *fruitus* cita el gramático Caper.

Y en un escritor como Vitruvio (IX 4, 1) tenemos *genuorum* como gen. pl. de *genu*.

¿Clase media baja calificativo para Plauto y Terencio, Ennio y el redactor del decreto de las Bacanales, Novio, autor de atelanas y el arquitecto Vitruvio...? Todos son o preclásicos, o no romanos, o vulgarizantes, o realmente, como los redactores y grabadores de inscripciones, pertenecientes seguramente a una clase que se puede equiparar a la antedicha.

ANTONIO TOVAR

## BIBLIOGRAFIA

- CALLEBAT, LOUIS, 1968: *Sermo cotidianus dans les Métamorphoses d'Apulée*, Université de Caen.
- DEVOTO, G., 1951: *I fondamenti della storia linguistica*, Florencia.
- GARCÍA CALVO, A., 1973: *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la sociedad*, Madrid.
- GREENBERG, J. H., 1960: «A Quantitative Approach to the Morphological Typology of Language», *International Journal of American Linguistics* 26, pp. 178-194.
- LABOV, WILLIAM, 1966: «Hypercorrection by the lower middle class as a factor in linguistic change», en *Sociolinguistics*, ed. por W. Bright, 3.<sup>a</sup> reimpression, La Haya-París 1975.
- MARACHE, RENÉ, 1952: *Mots nouveaux et mots archaïques chez Fronton et Aulus-Gelle*, Rennes.
- MOHRMANN, CHRISTINE, 1958-1961: *Etudes sur le latin des chrétiens*, dos vol., Roma (especialmente la conferencia de París 1951).
- PARIENTE, ANGEL, 1946: Notas al vocabulario jurídico latino. *Anuario de historia del derecho español* 17, pp. 932-1009.
- 1978: «La significación del latín vulgar en el conjunto de la fonética latina», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, pp. 31-130. Madrid.
- RÖNSCH, HERMANN, 1875: *Itala und Vulgata*, Marburgo (reimpresión Munich 1965).
- RUBIO, LISARDO y BEJARANO, VIRGILIO, 1955: *Documenta ad linguae Latinae historiam inlustrandam*, Madrid.
- TOVAR, ANTONIO, 1972: «Esquilo en la historia de la lengua griega», *Revista de Estudios Clásicos* (Universidad de Cuyo, Mendoza) 14, pp. 91-109.
- 1974: «Boeotian and other linguistic influences on Pindar», *Serta Turyniana, Studies in Greek Literature and Palaeography in honor of Alexander Turyn*, ed. by J. L. Heller with the assistance of J. K. Newman, University of Illinois Press.
- 1977: «Comparaciones tipológicas del euskera», *Euskera, Trabajos y actas de la Real Academia de la Lengua Vasca* 22, pp. 449-476.